

ORDESA

Hay libros domesticados que te dan siempre la razón, incluso cuando no la tienes. Y libros de perrera, pobres como chuchos sin dueño, la mayoría cubiertos por las pulgas del papel, que se llaman lepismas y también pececillos de plata, y que se comen las metáforas de las novelas del mismo modo que los piojos chupan la sangre a los perros callejeros. Hay tantas clases de libros como de perros. Perros y libros de todos los tamaños encuadrados en esto o en lo otro, impresos en esta familia tipográfica o en esta otra, ilustrados y sin lustre, de raza o vagabundos. Hay libros que vienen cuando silbas y te agasajan con la furia con la que el perro contonea el cuerpo cuando te ve llegar. Hay libros caniches y libros grandes, de razas oscuras, que se comen a los hijos de las visitas mientras los adultos toman café en el salón.

Y luego están los libros de criadero, que se atiborran de piensos compuestos y hacen menos ejercicio que un rodaballo en una piscifactoría. Los libros de piscifactoría, construidos a partir de lugares comunes, proporcionan al lector un número de calorías insuficiente, además de cantidades ridículas de ácidos grasos tipo Omega 3. A veces no se los distingue de los que nacen en el mar porque hemos perdido el gusto y confundimos la escritura con la caligrafía. Pero donde haya un buen libro de pincho, que se quiten los de serie.

Todo esto era para decir que, además de los mencionados, hay libros salvajes, como la lubina del Cantábrico, pura plata brillando al sol, que te duele cuando la pescas. Libros que lees boqueando, como si acabaran de sacarte de la atmósfera, o que te arrastran a las profundidades del océano. Libros como *Ordesa*, de Manuel Vilas, al que Dios confunda por rompernos el alma.

Juan José Millás.

“EL LIBRO: MÁS QUE MATERIA”.

Octavio Paz perdió su biblioteca en un incendio acontecido dos años antes de su muerte. Oscar Wilde fue despojado de la suya -tenía volúmenes firmados por Verlaine, Mallarmé, Víctor Hugo, etc.- cuando fue recluido en la cárcel de Reading. Stefan Zweig perdió toda su biblioteca al huir para Brasil. No puedo concebir tormento mayor para un escritor. Solo un residente de la “República de las Letras” puede comprender la magnitud de tal pérdida, la intensidad del dolor que genera en el alma de aquellos para quienes los libros son seres vivientes, una especie de gran familia. Paz, Wilde y Zweig murieron poco después de que sus bibliotecas se quemaran o dispersaran. A su modo, los tres se suicidaron.

Como los seres inteligentes que son, los libros dialogan. Los hay que son locuaces, parlanchines; otros son más parcios, más económicos de palabras. Leer es siempre dialogar con un autor que quizás tenga quinientos años de muerto. Es cuestión de aguzar los oídos y percibiremos su voz que nos responde desde el fondo de los siglos.

El libro es una victoria sobre el tiempo y el espacio. Su poder es tal que convierte a ambos en mera ilusión. Mi vida está llena de amigos entrañables que vivieron hace siglos, en lugares inimaginablemente distantes.

Jacques Sagot. Pianista, escritor y diplomático costarricense.

La función del lector (1).

Cuando Lucía Peláez era muy niña, leyó una novela a escondidas. La leyó a pedacitos, noche tras noche, ocultándola bajo la almohada. Ella la había robado de la biblioteca de cedro donde el tío guardaba sus libros preferidos.

Mucho caminó Lucía, después, mientras pasaban los años.

En busca de fantasmas caminó por los farallones sobre el río Antioquia, y en busca de gente caminó por las calles de las ciudades violentas.

Mucho caminó Lucía, y a lo largo de su viaje iba siempre acompañada por los ecos de los ecos de aquellas lejanas voces que ella había escuchado, con sus ojos, en la infancia.

Lucía no ha vuelto a leer ese libro. Ya no lo reconocería. Tanto le ha crecido adentro que ahora es otro, ahora es suyo.

Eduardo Galeano. De *El libro de los abrazos*.